

RICOEUR, WITTGENSTEIN Y LOS MOLINOS DE VIENTO

Mario J. Valdés
University of Toronto

En mi teoría hermenéutica que proviene de la filosofía de Paul Ricoeur, la acción humana está profundamente atada a la lectura de textos literarios. Aunque parezca a primera vista una declaración arriesgada, no lo es si tomamos en cuenta que en la hermenéutica la lectura de un texto como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es un campo abierto dirigido a una serie de posibles lectores indefinidos en que lo escrito por el autor fija la base para que el lector rehaga la supuesta realidad del texto. Por lo tanto nuestra teoría del texto es un paradigma para entender la acción humana. Una vez que hemos actuado, nuestra acción adquiere cierta autonomía; no la podemos borrar, sólo repetir, que ya no es lo mismo. Ahora nuestra acción pertenece al mundo en que habitamos con otros. Nuestra acción tiene la misma autonomía que un texto tiene de su autor. El significado de nuestra acción, con el tiempo, se separa de las condiciones iniciales de su producción ya que esta acción puede adquirir un peso e importancia insospechadas en su tiempo. Esta diferencia en las condiciones de recepción tanto de la acción como de un texto permiten la reinscripción de un sentido nuevo en su contexto diferente.

Para nuestros propósitos, tenemos que insistir en la contraparte de esta dialéctica: ir del texto a nuestra acción. La transferencia de la experiencia de lectura a la acción humana del lector no se trata de una relación vicaria de mera imitación de sentimientos fáciles, sino de una compenetración de valores, juicios y opiniones que el lector ha realizado. El resultado, como acción del lector, es repensar, redescubrir y

rehacer aspectos de su mundo. Por supuesto que no todos los textos literarios son obras maestras. En nuestra cultura, y quizá en algunas otras, no hay obra maestra más potente en cuanto a la acción de redescubrir el mundo en que vivimos que *Don Quijote*.

Avalle Arce nos dice que don Quijote está loco porque así lo dicen todos los narradores a través de los dos volúmenes; también afirma que no hay deficiencia en la percepción de don Quijote. El ingenioso hidalgo simplemente transforma lo que ve en lo que quisiera ver. Según Avalle Arce, "Quedan perfectamente definidas las dos facultades del alma de don Quijote que él tiene permanentemente desacordadas de principio a fin de su historia: la imaginativa y la fantasía" (687). Avalle Arce cita del texto: "A nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído." (687) Por supuesto cito a Avalle Arce con aprobación pero también con el propósito de ahondar en sus observaciones con este comentario hermenéutico de la acción humana.

Don Quijote entra en acción por razones bien meditadas por él aunque para los demás parezcan despropósitos. Primero, para actuar tiene que haber motivación. Ésta no le falta a don Quijote ya que aspira a merecer ser caballero andante. Segundo, la acción tiene que tener la capacidad de ser comprendida, es decir, explicada por los demás. Aquí también no faltan las interpretaciones, tanto por el narrador como por los presentes en el campo de acción, don Quijote está loco. Tercero, el que entra en acción tiene que tener la determinación y la voluntad de hacerlo. Aquí también el coraje, la valentía y el empeño de don Quijote nunca están en duda. La cuarta dimensión de la acción humana es que haya habido una forma de razonamiento práctico del mejor modo de realizar los objetivos deseados. Don Quijote ha demostrado una enorme capacidad de improvisación para poder lograr sus objetivos, desde la venta transformada en castillo hasta el bacín del barbero convertido en el yelmo de Mambrino. Este razonamiento práctico de don Quijote presenta una serie de preguntas sobre la acción que tiene en mente y que él pondrá en marcha cuando esté satisfecho que ha escogido el mejor plan de acción. Un magnífico ejemplo de este razonamiento

práctico antes de entrar en acción está en el capítulo XXVI en que don Quijote decide abandonar a Roldán como su modelo de caballero andante y acercarse al ejemplo de Amadís de Gaula que "sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más" (255).

La acción de don Quijote, a través de toda la novela, nunca consiste en arranques irracionales y sin propósito, nunca es actuación sin sentido de un loco, sino más bien actuación deliberada en la que pone todo su conocimiento para lograr el objetivo deseado. Mi propósito aquí es demostrar que la acción de don Quijote, en vez de ser comportamiento de insensato es, muy al contrario, la más completa indicación de la identidad de este insólito hidalgo hecho caballero andante.

A través de todo mi ensayo la perspectiva será la del lector, no la interna del narrador o la del mismo personaje. La perspectiva hermenéutica que se utiliza aquí comprende tanto el análisis referencial del texto como el funcionamiento interno de sus componentes. Además de aportar la experiencia del lector, se contrapone con la intersubjetividad de la comunidad de comentaristas en el conflicto de interpretaciones que fecundan la lectura de la obra.

Hay absoluta claridad en las palabras de Cervantes sobre la acción descrita en este primer volumen. Donde hay ambigüedad, y aún marcada discordia, es en la interpretación de lo que la acción significa. Esta complejidad se debe al doble juego de palabras y su significado. Hay un juego verbal entre el narrador, el lector, el pseudo-historiador Cid Hamete Benengeli, y los personajes, especialmente Sancho y Don Quijote, quien al inicio es hidalgo ya que aún no ha profesado su voto de caballero andante. El segundo juego está en la estrategia verbal del texto y su dialéctica abierta entre lo que se percibe materialmente y lo que se percibe en la imaginación de los personajes—es un error categórico suponer que esta dimensión del texto se limita a Don Quijote ya que, de una manera u otra, todos los personajes creen en algo no materialmente presente, ya sea Dios, honor, justicia o amor.

En el juego verbal entre el lector y los entes de ficción cervantinos tenemos la matriz de la creación de significados. El reto al lector consiste

en responder e incorporar la compleja referencialidad de estas palabras al mundo histórico, filosófico y artístico de Cervantes.

La lectura es un proceso continuo de apropiación de este mundo del autor para complementar la historia del ingenioso hidalgo. El lector se encuentra constantemente vacilando entre el mundo histórico que encuentra reflejado a cada momento en el texto y la trayectoria narrativa de las aventuras del hidalgo y su escudero. Si lo pensamos bien, estos dos referentes—el histórico y el narratológico—son dos modos distintos de entender. El histórico exige conocimiento textual externo al texto, apto para entender el significado verbal. En cambio, lo narratológico consta de seguir la trayectoria de la fábula hacia el desenlace. Aislados, estos modos de entender, tienen ciertas ventajas y desventajas. La lectura informada por la referencialidad sin duda enriquece la experiencia del lector pero también resulta en múltiples posibilidades de interpretación. Por contraste, la lectura narratológica tiene la certeza de llevar la historia a pasos medidos hacia su desenlace. Esta es la base de toda narración desde los cuentos que nos narran nuestros padres sobre la vida de los abuelos hasta la novela u obra de teatro de los clásicos. El don de la literatura es relacionar los dos modos de entender en un proceso de lectura que lleva a cabo cada lector. Este es el juego verbal más rico y complejo del ser humano.

El segundo juego verbal es la red de relaciones verbales que se enuncian en el texto. De cierto modo este juego verbal es un espejismo del proceso de entendimiento de la cotidianidad que se reconoce a cada paso en el habla de los personajes y en el oficio de contar la historia por el narrador. La profundidad del texto cervantino se debe a que los personajes nos ofrecen escenas que se prestan a diversas interpretaciones mientras que el narrador nos mantiene en la trayectoria narratológica del desarrollo de la fábula de aventuras y su desenlace episódico. Por lo tanto, la acción en Don Quijote se tiene que entender a través de una lectura bifocal, tomando en cuenta tanto la referencialidad como la narratología. Para realizar esta lectura hermenéutica proponemos utilizar algunas ideas del filósofo Ludwig Wittgenstein sobre el análisis de la acción a través de juegos verbales que determinan el contexto

de nuestras relaciones. La idea de Wittgenstein es que hay distintos juegos verbales para cada relación humana. Por ejemplo, hay un juego verbal entre amantes que no opera en otras relaciones; igualmente reconocemos que hay ciertos modos verbales que definen la relación entre amo y sirvientes, entre un oficial de la marina y sus subordinados, entre madre e hijos, etc. Pero también hay juegos verbales abstractos como la justicia, el amor, el honor y, por supuesto, también hay juegos verbales de estilos literarios como son los libros de caballería y la literatura pastoril. Si nos detenemos en el encuentro de los distintos juegos verbales y, a veces, sus diferencias y aún incompatibilidad, podremos tratar la referencialidad dentro de la dimensión narratológica porque cada desajuste también avanza la fábula.

Comentario del texto:

“Capítulo VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.” El narrador nos describe la escena: “En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero...” (81)

En el juego verbal entre el lector y el narrador se nota la referencialidad histórica a la presencia de molinos de viento en la Mancha a principios del siglo XVII. A la vez, se marca el inicio de una aventura insistiendo que la inesperada apariencia de molinos que descubrieron son muy señaladamente la percepción tanto del narrador como de los personajes. El narrador, junto con los personajes, descubre lo que parecen ser treinta o cuarenta molinos de viento que los personajes también ven. Por consecuencia, el reclamo de la verdad sobre el inesperado encuentro de molinos de viento es fácilmente aceptado por el lector. La complicación empieza en el siguiente párrafo en que se enuncian distintas interpretaciones de lo que ven los personajes. Continúa don Quijote:

La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde

se descubren treinta o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

--¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

--Aquellos que allí ves—respondió su amo—de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas,

--Mire vuestra merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

--Bien parece—respondió don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. (82)

Tanto don Quijote como Sancho insisten en que lo que ven es verídico. Don Quijote insiste que lo que se ve son gigantes. Sancho explica que son molinos de viento y que el movimiento de las aspas mueven la piedra del molino. Es un caso clásico de la ambigüedad de la percepción. A la distancia los molinos de viento le parecen gigantes a don Quijote y aún a corta distancia está tan firmemente convencido que podrá revivir una aventura de los libros de caballería que su imaginación no le permite darse cuenta que lo que se le aproxima no es forma de vida alguna sino una construcción de piedra. Sancho, en cambio, aún a la distancia reconoce los molinos como molinos que sólo parecen gigantes.

Nadie ha explicado el conflicto entre la percepción del objeto físico y el objeto mismo mejor que Ludwig Wittgenstein:

... lo que hacemos en un juego de la lengua siempre está determinado por nuestra presuposición tácita. Así es con la relación

de un objeto físico y la percepción sensorial que se tiene de ello. En este caso tenemos dos juegos del lenguaje que son diferentes con una complicada relación entre ambos. Si se trata de reducir estas relaciones a una fórmula sencilla nos equivocamos” (párrafo 2, sección v, *Investigaciones filosóficas*).

Es decir, un juego verbal concierne nuestras relaciones con el mundo material de objetos físicos, y el otro juego verbal concierne nuestra relación con nuestras percepciones sensoriales. Un espejismo puede encantarnos pero si actuamos sobre tal fenómeno nos equivocamos.

En este diálogo entre don Quijote y Sancho sobresalen las diferencias entre la sencillez de la cotidianidad del campo y el juego artificioso de los libros de caballería. La voz narrativa se limita a enunciar el diálogo de los personajes:

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

--Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantándose en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

--Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. (82)

Don Quijote está tan embelesado en su aventura imitando a los libros de caballería que no oye y no ve lo que está ante sí. El narrador describe la acción de esta espantable y jamás imaginada aventura:

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante: y dándole una

lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante. (82-83)

La acción es descrita del punto de vista del narrador omnisciente que le ofrece al lector no sólo los pensamientos íntimos de don Quijote encomendándose a su señora sino también, y con claridad, los resultados materiales de atacar con una lanza a un molino de viento. He aquí los dos reclamos de la verdad de esta referencialidad escindida: lo que diría para sí un caballero andante antes de entrar en batalla según los libros de caballería, pero también las consecuencias físicas de tal acción. El juego verbal de los personajes entra en vigor: “--¡Válame Dios!—dijo Sancho. No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?” (83).

Sancho expresa su arraigado realismo material que molinos son y molinos siempre serán a no ser que la persona que los tome por otra cosa tenga molinos en la cabeza, es decir, esté tan obsesionado que no pueda ver la realidad que para él es tan obvia. En esta y numerosas ocasiones a través del volumen, Sancho insistirá en el reclamo de la verdad empírico, lo cual está y estará en conflicto con el reclamo de la verdad del caballero andante. Sólo falta la explicación de don Quijote que no reconoce su error sino que invoca la intervención de encantamientos sobrenaturales para explicar la situación:

--Calla, amigo Sancho—respondió don Quijote—que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. (82)

Hay aquí una referencia textual al capítulo VII, después del escrutinio por el cura de los libros de don Quijote y la desaparición de su misma biblioteca. Al despertar don Quijote después de su primera salida y no encontrar ni aposento ni libros, su sobrina y ama le dijeron que se la había llevado un encantador por nombre Muñatón; don Quijote las corrige que debía haber sido el sabio Frestón. Dentro del juego verbal de los libros de caballería el sabio encantador Frestón es el supuesto autor de Don Belianis de Grecia al que don Quijote tomó ahora como su enemigo personal y némesis que persistirá en estorbar a don Quijote en sus hazañas a través de toda la novela.

No debemos hacer caso omiso de la fina ironía de Cervantes al mezclar los juegos verbales. Al terminar el capítulo anterior hablaba Sancho dentro del código de amo y sirviente. Don Quijote le recomendaba que no debería aceptar menos recompensa por sus servicios que ser nombrado un adelantado. Sancho responde que no haría tal cosa “y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar” (81). Pero ahora ante la lamentable situación de ver a don Quijote y Rocinante tan maltratados responde Sancho, como campesino, y se aparta de sus ilusiones de grandeza y riquezas prometidas por su amo, hablándole con claridad: “[N]o eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza” (83).

Si repasamos los distintos juegos verbales que hemos comentado del primer volumen de *Don Quijote* caemos en la cuenta que en conjunto significan la identidad misma del personaje definida por las relaciones entre el yo y el otro. La lección que se realiza página tras página es que el otro no es sólo la contraparte del yo mismo; es mucho más, encarna la misma constitución íntima del yo consciente. El intercambio entre el sí mismo de don Quijote que lleva sus pensamientos a la acción y el otro a que esta acción afecta es el fundamento de la obra. En el plano narrativo es este intercambio el que rige la participación del lector. El narrador, bastante hostil a don Quijote, presenta la función básica de la acción en tercera persona, pero debido a que don Quijote y Sancho cobran cierta autonomía del narrador a través de sus extensos diálogos,

el lector se encuentra constantemente en un conflicto de interpretación de la acción de los personajes ya que la trama narrada en sí no presenta problemas. ¿Quién es don Quijote? ¿Un farsante, un loco, o simplemente un idealista extremado? ¿Quién es Sancho? ¿Un campesino crédulo o simplemente un bobo que se deja engañar por las promesas de riquezas y una gran recompensa?

La lectura de esta obra es el ejercicio primordial de cobrar conciencia por el lector, ya que como medio del pensamiento y de la imaginación es el campo en que opera la traslación del mundo del caballero andante al mundo del lector. Paul Ricoeur lo ha propuesto muy claramente en *Sí mismo como otro*:

Parece así que la afección del sí por lo otro distinto de sí encuentra en la ficción un medio privilegiado para experiencias de pensamiento que no pueden ser eclipsadas por las relaciones reales de interlocución y de interacción. Muy al contrario, la recepción de las obras de ficción contribuye a la constitución imaginaria y simbólica de los intercambios afectivos de palabra y de acción. El ser-afectado según el modo de ficción se incorpora al ser-afectado del sí según el modo real. (366)

A nuestro parecer la literatura cobra su valor fundamental y justificado cuando la lectura lleva en sí la capacidad de afectar al lector hasta llevarlo a reconsiderar y redescubrir su mundo. La novela de Cervantes ha provocado a sus lectores por cuatrocientos años y ha sido el objeto de crítica y comentario en todo el mundo desde el fino estudio del chileno Félix Martínez Bonati, *El Quijote y la poética de la novela* hasta el mal informado y desarticulado libro de Vladimir Nabokov, novelista y pseudo-crítico, *Lectures on Don Quijote*. En el mundo de comentaristas, filósofos, y críticos, hay una fascinación por conocer a don Quijote como persona, ya sea en el personalismo de Unamuno o la compenetración de Ortega y Gasset. Pocos críticos han llegado más profundamente al meollo de este reto que Martínez Bonati y es así porque el personaje de Cervantes está incompleto; el crítico chileno ha comprendido que cada lector lo tiene que completar. Mi lectura de Don Quijote parte de

esta premisa y tiene dos conceptos corolarios: el texto se completa a través de una referencialidad escendida y esta referencialidad penetra el mundo del lector debido a los múltiples juegos verbales que emplea Cervantes. Así, por ejemplo, en el debate con el canónigo no sólo hay una referencia a las disputas teológicas de la época sobre la salvación del alma por la fe con o sin buenas obras pero, también y a la vez, este juego verbal está entrelazado con el del caballero andante que se cree bajo el yugo de un encantamiento.

Los múltiples juegos verbales se tejen y destejen a cada momento en el desarrollo de la acción, descrita con ironía y asombro por parte del narrador y como requisito necesario de su misión en la vida por parte de don Quijote. Nadie como Miguel de Unamuno comprendió que lo más que el narrador desprecia a don Quijote por sus locuras, lo más que el lector lo admira por su idealismo. No sólo lo comenta Unamuno en *La vida de don Quijote y Sancho* sino que adapta la estrategia en su novela *Niebla*. El narrador, que al final se revela como un cierto Miguel de Unamuno, desprecia y ridiculiza a su personaje Augusto Pérez desde el comienzo de la novela, pero el personaje lentamente va cambiando la palabra en una serie de diálogos con otros personajes hasta que llega al diálogo con su creador, Unamuno, y hace destacar su independencia y su valor como persona que está presente en el mundo de sus lectores.

Si nos preguntamos como seres pensantes cómo es que nos distinguimos nosotros mismos de un personaje complejo como don Quijote, la respuesta es que el personaje está ligado a la trama del texto y nosotros estamos creando la trama de nuestra vida al vivirla, pero lo que nos aproxima al personaje de Cervantes es que nuestra identidad está en gran parte determinada por los asuntos que nos conciernen. Lo que somos, lo que nos define, es el modo en que estamos en el mundo, de esto parte el criterio que empleamos para optar por una cosa y no otras, cobrar el gusto por algunas cosas y no otras y, sobre todo, crear el valor que le damos a nuestras relaciones. Ahora bien, cuando leemos a Don Quijote y empezamos a elaborar el tejido de los juegos verbales, no estamos haciendo otra cosa que dándole nuestra interpretación a la

identidad de don Quijote. El mundo del texto y el mundo del lector se han compenetrado. La identidad de don Quijote está en los juegos verbales que nos presenta el texto y nuestra interpretación que muchas veces está en oposición al juicio del narrador de la trama. En la novela, don Quijote tiene presencia física y con completa verosimilitud sufre los golpes y otras calamidades que le ocurren, pero es mucho más que la representación de un hombre de su época en tales condiciones físicas y materiales: es, ante todo, una persona que piensa, duda, medita y profesa su fe en el ideal del bien.

Lo ha expuesto con su acostumbrado vigor Unamuno en la autoconciencia del yo que duda. Esta es la capacidad que tenemos para cambiar de un giro verbal a otro aunque nuestro lenguaje en cualquiera de sus manifestaciones sea insuficiente en sí y sólo es en el encuentro de los múltiples juegos verbales que usamos a diario donde aprendemos a comprender implicaciones y sugerencias no por completo articuladas por uno u otro. Sería un error pensar que el lenguaje de Cervantes es lo mismo que los juegos verbales de don Quijote, ya que el juego verbal no sólo incluye el diálogo y la narración sino también el código social al que la referencialidad alude y que la recepción, por parte del lector, tiene que tomar en cuenta. La acción de leer concretiza lo virtual en realidad. Como se ha explicado aquí y en otros estudios, en Don Quijote se teje un tapiz de muchos hilos y colores. Cada juego verbal en su doble función de referencialidad escendida elabora un momento en la trama y a la vez trae al texto toda una tradición de historia, pensamiento, arte, o simplemente de convivencia de la España del siglo XVI. Comparto el juicio de Martínez Bonati: que toda interpretación de los personajes aislados del texto no tiene nada que ver con la riqueza del intercambio de juegos verbales en la experiencia de lectura. Creo que podemos decir que en esta obra hay un subtexto: la vida en España al fin del siglo XVI. La identidad de los personajes, y aun del narrador, son parte de la vida en esa comunidad que conocemos como España.

Lo que Don Quijote le propone al lector es una proposición de mundo, de un mundo habitable por nosotros, a pesar de cuatrocientos años de distancia. Este es un mundo para proyectar uno de los

posibles mundos más propios del lector. Este texto es nuestro, hecho a la medida de nuestro conocimiento, nuestros juicios y prejuicios. Mediante la ficción de Cervantes se abren, en la realidad cotidiana de cada lector, nuevas posibilidades de ser en el mundo, para utilizar la famosa frase de Heidegger. La ficción de don Quijote y Sancho se dirige a este "ser en el mundo," no bajo la modalidad de ser dado sino bajo la modalidad de poder ser. Por esta razón la realidad cotidiana en que vivimos es metamorfoseada gracias a lo que se podría llamar las variaciones imaginativas nuestras porque la ficción de Cervantes opera en lo real, lo real empírico, lo real histórico, y lo real afectivo. Esta ficción es el camino privilegiado de la redescrición de la realidad. La lectura atenta del texto de Cervantes es, sobre todo, una apropiación de lo que hemos llamado, con Ricoeur, el mundo del texto. Lo que a final de cuentas se apropia el lector es una proposición de mundo que no está escondido en el texto como si fuera una intención oculta o un código hermético sino que está delante de él como un vivir que la obra de Cervantes desarrolla, descubre y revela de nuevo con cada lectura. Partiendo de esta premisa comprender a Don Quijote es comprenderse a sí mismo. No se puede imponer a Don Quijote la propia capacidad finita de comprender de cada lector sino que éste, el lector, tiene que exponerse, exponer su yo ante el texto y recibir de él un yo más vasto. Esta es una proposición de existencia que responde a la verdad de un mundo del yo compartido con sus otros. La realidad de Don Quijote es, entonces, la realización que la experiencia de leer el texto presta como posesión exclusiva a cada lector. Con respecto a esto sería más justo decir que el yo de cada lector se enriquece por su apropiación del mundo de Cervantes.

OBRAS CITADAS

- Avalle Arce, Juan Bautista. *Don Quijote como forma de vida*. Valencia: Castalia, 1976.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Martín de Riquer. Barcelona: Juventud, 1955.
- Martínez Bonati, Félix. *Don Quijote and the Poetics of the Novel*. Tr. Dian Fox. Ithaca: Cornell UP, 1992.
- Nabokov, Vladimir. *El Quijote*. Tr. Marisa Balseiro. Barcelona: Ediciones 13, 1987.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Ed. Julián Marías. Madrid: Revista de Occidente, 1957.
- Ricoeur, Paul. *Si mismo como otro*. Tr. Agustín Neira Calvo. Madrid: Siglo XXI, 1996.
- Unamuno, Miguel de. *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada*. Madrid: Renacimiento, 1913.
- , *Niebla*. Ed. Mario J. Valdés. Madrid: Cátedra, 1982.
- Wittgenstein, Ludwig. *Philosophical Investigations*. Tr. G.E.M. Anscombe. New York: Macmillan, 1953.